

La aportación del IV Congreso de las Religiones Mundiales y Tradicionales (Kazajstán) al modelo de convivencia social

Antonio Alonso Marcos

Profesor Política Exterior de España, Universidad CEU San Pablo

Los días 30 y 31 de mayo de 2012 se celebró en Astaná –la capital de Kazajstán– el IV Congreso de las Religiones Mundiales y Tradicionales. Este Congreso se ha venido celebrando cada tres años y ha contado con la participación de distintos líderes en cada encuentro, incluyendo también a políticos y representantes de medios de comunicación.

Los atentados del 11-S pusieron en marcha una serie de mecanismos de odios hacia el enemigo –Al Qaeda– que en algunos casos se transformó en, cuanto menos, sospecha hacia el musulmán. Las intervenciones en Afganistán (2001) e Irak (2003) encendieron las alarmas del posible aumento del odio inter-religioso. De ahí la necesidad de poner en marcha iniciativas que rebajaran la tensión entre las distintas religiones y las sentaran a dialogar, de manera que, mostrando al mundo cómo los líderes religiosos se unían frente a la violencia, dejaran desarmados ideológicamente a los “secuestradores” de la religión, aquellos que la habían instrumentalizado para justificar el odio y el terrorismo.

En ese ambiente surgió en 2003 este Congreso, iniciativa puesta en marcha por el presidente de Kazajstán, Nursultán Nazarbáyev, como una manera de sentar a la misma mesa a los representantes de las religiones más importantes del mundo (cristianismo, islam, judaísmo, budismo, hinduismo, sintoísmo y zoroastrismo entre otras) no para discutir temas teológicos sino para poner en común sus opiniones en torno al papel de la religión en la sociedad como factor de cohesión y de convivencia pacífica.

Kazajstán es un país que alcanzó su independencia de manera prácticamente inesperada hace apenas 20 años y, desde el comienzo, tuvo que manejar una situación que a priori podría parecer problemática: la presencia en un vasto territorio (cinco veces España) y escasa población (actualmente ronda los 16 millones) una inmensa diversidad étnica (más de 130 etnias) y religiosa (más de 40 confesiones religiosas que reúnen a más de 4500 organizaciones religiosas registradas oficialmente en el país). Todo un reto que Kazajstán supo transformar en oportunidad y en modelo para el resto del mundo.

Europa, por ejemplo, debería mirar este modelo de integración de minorías étnicas y religiosas. Mientras en los modelos británico y galo las minorías étnicas no han encontrado un espacio de integración, en el modelo kazajo cada minoría ha visto protegida, desde la propia Constitución hasta el Código Penal, su especificidad cultural subrayando, eso sí, la obligatoriedad de someterse todos a la misma Ley.

Esta aportación es bien distinta a la de la Alianza de Civilizaciones impulsada en su día por Zapatero y Erdogan y hoy parte del entramado de la ONU. Mientras en la susodicha Alianza se parte de la idea de que la religión debe ser excluida de la vida pública para evitar los conflictos a los que tener una fe concreta lleva –una idea bastante negativa e incluso peyorativa de la religión y de las distintas confesiones religiosas—, el Congreso parte del presupuesto de que las religiones son un instrumento muy eficaz para sembrar la paz en la sociedad y para contribuir al desarrollo y el progreso en las mismas.

Otra diferencia es que mientras en la Alianza se sientan principalmente líderes políticos, en el Congreso se reúnen líderes religiosos, siendo este último un enfoque más acertado y, por cierto, más aceptado en los países musulmanes donde la idea de la separación absoluta entre religión y política aún no ha cuajado. Si se va a hablar del papel de la religión en la sociedad parece mejor invitar a participantes de perfil religioso que no laico o laicista (o incluso extremistas laicistas).

El enfoque idealista de la Alianza se quedó en mera discusión política, mientras que el formato realista del Congreso ha llevado a una serie de pasos concretos dentro de las propias religiones. De hecho, en este IV Congreso se dio un paso más en su institucionalización y, si ya funcionaban las reuniones de la Secretaría, se puso en marcha el Consejo de Líderes Religiosos, que reunirá a los representantes de las religiones más importantes en un formato más reducido que el Congreso.

El tema principal de este IV Congreso fue “Paz y armonía como elección de la humanidad” y se subrayó el hecho de que las religiones contribuyen a que las personas, cada una de ellas, sean conscientes de que, aun siendo un don del cielo, la paz no vendrá por sí sola sino que requiere del esfuerzo y de la opción de cada uno, como se refleja en las Bienaventuranzas (“Dichosos los que trabajan por la paz porque serán llamados hijos de Dios”).

También se trataron otros temas como la contribución de las religiones al desarrollo sostenible o el papel de la mujer y de los jóvenes en las distintas confesiones religiosas y en la sociedad. En relación al modelo de convivencia pacífica entre distintas etnias y religiones, también debatieron sobre religión y multiculturalismo.

Precisamente, este foro se ha mostrado especialmente fructífero como lugar de encuentro entre cristianos y musulmanes en un país de mayoría musulmana, algo que debería ser imitado en los países europeos donde en los últimos años han surgido auténticos problemas para integrar a la minoría musulmana, haciéndoles respetar la Ley pero permitiéndoles mantener ciertas tradiciones ligadas a su credo como la cuestión del *hiyab* o la construcción de mezquitas con minaretes.